

ciencia M. de Puysaie, se decidió á desprenderse de ella y á bajar del estribo. La portezuela del carruaje se cerró entonces con un ruido seco que resonó en el corazón de Ursula como un eco de muerte; permaneció muda y sollozando en el dintel de la puerta del convento, y no entró dentro hasta que el coche desapareció al volver la esquina de la calle.

Ursula no debía marchar sino hasta la tarde en el coche-diligencia, y en compañía de una señora gruesa que había venido á buscarla. Esta señora de modales muy comunes, mal envuelta en un chal encarnado y chillón, nunca había venido al convento, á pesar que decía ser también tía de Ursula; y con una insignificante sonrisa, anunció á la joven que en adelante iba á vivir en su compañía.

— ¡Diantre! le dijo, queridita mía, mira, no somos ricos, pero en cuanto á buen corazón, á eso nadie nos gana, bien puedes estar segura de ello. Haremos todo lo posible para que «nuestra pollita» sea feliz y contenta como un gallito en caramelo. ¡Pardiez! tenemos nuestros defectos como todo el mundo; pero en el fondo, yo soy una buena mujer y no es menos buen hombre Gosse: Gosse es mi marido, hablando con respeto, y vuestro tío, pimpollito mío. Por eso madama Morel os ha confiado á nuestro cuidado, y no hay miedo, que ya estais en buenas manos.

Durante todo el camino el monólogo de la buena mujer gorda continuó, sin variar, en el mismo tono. Ursula no hacía más que responder con monosílabos á las protestas de interés de la buena señora; su pensamiento estaba mucho más lejos y seguía á la ligera berlina de posta que conducía á Cipriana. Se sentía casi enfadada consigo misma por su preocupación, porque á pesar de sus groseras apariencias, la dama Gosse no le parecía en el fondo que fuese una mala mujer. Tenía mil atenciones por su «pimpollito», y reservaba para «su pollita adorada» los mejores bocados de las provisiones de camino de que tenía relleno su cestito; así fué que al cabo de tres ó cuatro horas de viaje, acostumbrada Ursula á la insoportable palabrería de su tía, le hizo algunas preguntas acerca del nuevo género de vida que le imponía madama Morel, aquella prima casada que representaba con Ursula el papel del «Destino».

Por las contestaciones de la tía Gosse, supo que le sería necesario vivir con el producto de su labor, noticia que le agradó, porque de este modo la libraba de tener que deber nada á sus nuevos parientes. Según le dijo su tía, madama Morel se había ocupado ya de antemano en buscar una buena colocación para Ursula en casa de madama Rosell, una de las principales lenceras de París, y se había arreglado un cuartito encima del de los esposos Gosse; en fin, díjole que no le faltaría nada de lo necesario. Para obtener todos estos detalles, Ursula casi no tuvo necesidad de preguntar, porque su tía Gosse se adelantaba á darlos antes que se los pidieran; pero no fué lo mismo cuando la joven manifestó su curiosidad por saber algo más de lo que sabía respecto á su prima Morel, tan previsora en todo, pues entonces la tía Gosse guardó un obstinado y misterioso silencio, y por último, después de dos ó tres tentativas infructuosas de

Ursula sobre el particular, declaró sin rodeos que no podía satisfacer su curiosidad respecto á su «prima casada»; y que todo lo que ella sabía y podía decir era que aparte de ella y de su marido, M. Gosse, hablando con respeto, «su queridita Lulú» no tenía mejor amiga que madama Morel.

Ursula, aunque dotada de aquel juicio recto y discernimiento propio de las personas que, desde su juventud, no tienen que contar con más apoyo que el de sí mismas, no dejaba de causarle algún recelo é inquietud aquel misterio en que se la envolvía, y á pesar suyo pensaba en las últimas palabras de la superiora, en aquellos dolores, en aquellos peligros y riesgos cuya perspectiva les había hecho entrever en lontananza. Pero, en fin, no se tienen en balde diez y siete años: lo imprevisto de lo que le sucedía á Ursula, eso mismo la distraía. ¿Qué importa que el porvenir sea oscuro ó dudoso cuando una es joven, bonita, que se va á París y se tiene un corazón animoso? La vida siempre será mejor allí que en el convento, ahora que ya no está en él Cipriana; además, Cipriana estaba en París también, y cada vuelta que daban las ruedas de la diligencia era para aproximarla á su amiga.

Distraída con estos pensamientos, la joven recostó su cabeza sobre los almohadones del respaldo del coche, y, poco á poco, se fué quedando dormida. Solo se despertó al ruido que hacía la diligencia, y á los bruscos movimientos y sobresaltos que pegaba al marchar por el empedrado desigual de las calles de la gran ciudad. Tres cuartos de hora después, la diligencia se detenía en el patio de la plaza Notre-Dames-Victoires, y toda aturrida por el movimiento y ensordecida por el ruido, la pobre Ursula, apoyada en el brazo de madama Gosse, comprendió con terror que habitando la misma ciudad, dos personas que se aman puedan estar más alejadas la una de la otra que si estuvieran separadas por centenares de leguas.

En pié, al lado de la puerta cochera, un hombre pequeño, de nariz puntiaguda, con vientre redondo, vestido con levita azul con botones dorados y pantalones muy cortos, un bastón debajo del brazo, un sombrero gris de alta forma en la cabeza, parecía esperar á alguno. Por otra parte, madama Gosse, dirigiendo por todos lados sus ojos huraños, parecía buscar una cara conocida. Tan luego como apercebió al hombrecillo de la puerta se abalanzó hacia él con la mayor viveza, llevando á Ursula al remolque, y diciéndole:

— ¡Venid, venid pronto! aquí está, aquí está M. Gosse.

Uniendo la acción á la palabra, saltó al cuello de su marido.

— Buenos días, querido mío; aquí tienes á la señorita Ursula, nuestra sobrina.

El hombre saludó cortesmente, y después en tono cavernoso, pero sin entusiasmo:

— Buenos días, bella adorada, contestó refunfuñando.

II

UN BAILE EN CASA DE LA CONDESA DE MONTE-CRISTO.

En el bienaventurado invierno del año de gracia de 18..., la reina de la estación fué la señora de Monte-Cristo. La célebre novela de A. Dumas estaba entonces en el apogeo de su boga y suministró muy naturalmente un nombre á esta gran señora anónima que arrojaba oro por las ventanas de su palacio con una prodigalidad casi real, y se rodeaba de un misterio enteramente novelesco en verdad.

De dónde venía, se ignoraba: noble, debía serlo, su gran tono y distinguidas maneras no dejaban duda alguna respecto de esto; digna de todo respeto, lo era también, y hasta se hablaba en voz baja, de una augusta protección altamente manifestada en varias circunstancias. Las gentes que pretenden saber todo, y son numerosas en esta pequeña ciudad que se llama «todo París», tenían cada cual su novela que contar respecto de la señora de Monte-Cristo. El uno pretendía que era una princesa tan moldava como inédita, que viajaba del mismo modo que Cristina, reina de Suecia; otros afirmaban que venía de Constantinopla, donde se había casado con el sultán. Otros pretendían que era sencillamente una amiga íntima de la famosa lady Ester Stanhope, de quien se ocupaban mucho entonces. Los más misteriosos en fin, aquellos que por eso mismo eran creídos con más facilidad, cuchicheaban al oído no sé qué leyenda político-fantástica de donde resultaba simplemente que era una aventurera del gran mundo, una especie de duquesa de Lamothé-Valois, encargada por el gabinete de las Tullerías de importantes misiones diplomáticas.

Como quiera que sea, y dejando que nuestros lectores adopten tal ó cual versión que mejor les parezca, es lo cierto que aquel año la señora condesa de Monte-Cristo era, en toda la fuerza del término, la estrella del gran mundo y una estrella de primer orden.

Su palacio de los Campos Eliseos podía sostener la comparación con las más lujosas mansiones de París; sus trenes de coche y caballos eran citados universalmente. Nadie conocía el valor exacto de su cofre de diamantes, y para estar á la moda cualquiera persona, bastaba solamente haber llamado la atención de la condesa.

Así son los planetas, que no son astros sino porque toman prestados algunos rayos al sol.

Se conocían muchas relaciones á la señora de Monte-Cristo, muchas relaciones sí, pero poco íntimas. Su servidumbre había sido tomada toda en París, y ninguno sabía nada del pasado de su ama: buena precaución contra los indiscretos. Un solo hombre hubiera podido decir alguna cosa, pero ¿se estaba bien seguro de que esa alguna cosa la supiera con certeza? En todo caso si la sabía no la decía.

Este hombre, que parecía gozar de más intimidad con la señora de Monte-Cristo, se llamaba el vizconde de la Cruz. Decía ser oriundo ó criollo de las colonias españolas, lo que no desmentía su tez morena de una palidez mate. Las mujeres le encontraban muy bello, pero un poco demasiado grave. Los hombres buscaban con ahinco su amistad, pero temiéndolo un poco. Nada de misterioso además en la vida de M. de la Cruz, sino su amistad con la señora de Monte-Cristo. Confesaba altamente tener cuarenta mil francos de renta, y una casa propia suya situada en la esquina de la Chaussée-d'Antin. Era soltero, y no le gustaba hablar de la fecha de su nacimiento. Las malas lenguas pretendían que se teñía los cabellos. El hecho es que nada era más dificultoso que determinar su edad, aun después de una larga inspección. En ciertas horas, cuando un pensamiento dulce le ocupaba, hubiérase dicho que era un adolescente. Su fino bigote negro, las madejas rizadas de su bella cabellera, hacían resaltar más todavía la blancura de su cara y el sonrosado de sus labios, en los cuales jugueteaba una ingenua, dulce y fina sonrisa, una sonrisa de veinte años. Pero, mirándole algunos minutos después, cuando alguna idea importuna ó siniestra había venido á anublar su frente, hubiérase dicho que era no un viejo, — su talle bien derecho, su mano nerviosa, su mirada viva negaban la vejez, — sino un hombre hecho, maduro por un pesado pensamiento irónico como un ser que todo lo supiese, así el bien como el mal, el mal sobre todo.

A este hombre, cuyo secreto, si tenía uno, estaba rodeado de una triple coraza de impasibilidad, de desden y de indiferencia, no se le conocía más que una flaqueza, — y aun esta tenía su lado novelesco, que, no solamente la legitimaba, sino que además, le daba no sé qué atractivo imprevisto y original. Esta flaqueza tenía por nombre Aurelia, y habitaba en la calle de la Chaussée-d'Antin un entresuelo del que se decían maravillas. Todo el París vividor conocía, de vista al menos, á la bella persona que había debido en un principio su celebridad á una semejanza que los unos decían extraordinaria, los otros bastante vaga, con la señora de Monte-Cristo misma. La amistad de Aurelia con el vizconde de la Cruz pareció suficiente para explicar la melancolía extraña del gentilhombre criollo. Se vió en esto la confesión tácita de un amor platónico y sin esperanza que procuraba darse una satisfacción ilusoria por medio de esta semejanza cuestionable.

Aquella noche había gran recepción, gran baile, en casa de la señora de Monte-Cristo. Todo el París diplomático, aristocrático y millonario estaba convidado, pues el salón de la forastera tenía el privilegio raro de ser un terreno neutro en donde todos estos diversos círculos, indiferentes los unos á los otros cuando no son hostiles, se podían encontrar sin inconveniente. Los carruajes desfilaban uno á uno bajo el toldo de la puerta principal, y dejaban allí las grandes señoras preciosamente envueltas en sus pelizas y abrigos de piel de armiño y suaves como la pluma; los graves personajes condecorados hasta la cintura, los oficiales superiores resplandecientes de bordados y cruces, las

señoritas coronadas de flores. En el salón principal, la señora de Monte-Cristo, imponente y serena como una reina, recibía á sus convidados, saludando al uno con una inclinación de cabeza, con una sonrisa al otro, concediendo una palabra al tercero, una palabra que hacía un dichoso y cien envidiosos.

Cuando se anunció al conde de Puysaie, se advirtió, — se observaban hasta sus menores movimientos, — que se levantaba á medias sobre el sillón de terciopelo.

El conde se adelantaba hacia ella, dando el brazo á la condesa, y la señora de Monte-Cristo, al verla, se levantó enteramente para salir á su encuentro.

— ¡Qué amable sois, dijo, en haber venido! ¡Temía tanto no veros! No solamente por vos, os lo prevengo, sino por esa preciosa niña que nos habeis ocultado demasiado largo tiempo.

Y designaba á Cipriana que muy ruborizada, se apoyaba en el brazo del coronel Fritz, amigo íntimo del conde de Puysaie.

— La querida niña, dijo la madre sonriéndose de gozo y de orgullo, está muy inmutada; es la primera vez que sale del convento.

— ¡Oh! exclamó la señora de Monte-Cristo, no hay que tener miedo, pues ¿cómo se puede tener miedo con ojos como los vuestros? Miradme, querida mía, y vereis que no tenemos caras para hacer temblar á las gentes.

Cipriana levantó tímidamente sus largos párpados poblados de rubias cejas, y leyó en el semblante de la señora condesa de Monte-Cristo un interés tan benévolo, una franqueza tan cordial, que involuntariamente atraída se fué hacia ella.

La señora de Monte-Cristo la tomó de la mano, la atrajo hacia sí por un movimiento lleno de afabilidad casi maternal, y dándole un beso en la frente, la dijo:

— ¡Y bien! ¿os causo ahora miedo?

— ¡Oh! no, señora, dijo bajito la pobre Cipriana.

— Entonces, queda convenido, seremos amigas; os quedareis á mi lado esta noche para que os haga conocer á todos nuestros concurrentes.

Y volviéndose hacia el coronel:

— A fé mía, coronel, le dijo; tened paciencia, — os quito vuestra pareja. — Así como así, diviso allí al baron de Matifay que anda buscando á alguno, y no me admiraría que fuerais vos á quien busca.

La última parte de esta frase fué pronunciada con un tono tan singular de ironía, que el coronel se estremeció y dirigió al semblante plácido de la señora de Monte-Cristo una mirada desconfiada; pero no vió en él sino una graciosa y franca sonrisa, é inclinándose, se perdió entre los grupos, donde el conde de Puysaie no tardó en ir á unirse con él.

El conde Loredano de Puysaie tenía cuarenta años, y era, sin contradicción, uno de las mas elegantes caballeros que se pudieran ver, á pesar de su pequeña estatura. Su rostro enjuto é imperceptiblemente arrugado, le daba una gracia particular, pues tenía la singularidad de que lo que en otros habría parecido feo, él sabía trasformarlo en el acto en

gracia. Hombre de talento y sumamente sagaz, carecía sin embargo de grandes miras. Esto había cortado muy temprano su carrera diplomática, pues figurar siempre en segunda fila, no era, decía él, propio de un Puysaie. Nuestra divisa, decía además algunas veces con una ironía indiferente, bajo la cual se ocultaba un pesar mal disimulado, es muy bella: — ¡Conquista, y despues ten! — Yo la sigo lo mejor que puedo. Los abuelos lo han conquistado; al descendiente toca conservarlo, y yo lo conservo; y conservo tan bien que con ayuda de los vicios, creo, Dios me perdone, que llegará un día en que no tenga nada.

El conde Loredano no había sido siempre tal cual lo describimos ahora. Se recordaba todavía haberle conocido joven, muy aplicado al trabajo, ambicioso, y destinado, segun toda probabilidad, á la mas alta fortuna. Millonario, par de Francia á veinte y seis años, su casamiento con la señorita de Boismont-Simeuse le había puesto en posición de pretender á todo y obtener todo. — Y un día, sin causa visible, todas esas esperanzas se encontraron destruidas, todo ese entusiasmo extinguido, y el activo joven había llegado á ser súbitamente, de un día á otro, ese medio anciano que no había conservado de la juventud mas que el atolondramiento, y tan excéptico, que era mas bien una manía que excepticismo verdadero.

En seguida que se reunió al coronel Fritz, el conde le llevó vivamente hacia el alfeizar de una ventana.

— ¿Y bien? preguntó.

— Y bien, respondió Fritz, hace el dificultoso.

— Qué ¿faltaría á su palabra?

— No, respondió brutalmente el coronel, pero tiene miedo que tú no cumplas la tuya.

Loredano tragó esta cuasi supuesta injuria sin pestañear, palideció algo mas, y esto fué todo...

— ¡Ah! dijo, esos mercaderes de dinero son todos iguales. Hé aquí una duda que M. Matifay me pagará.

— ¡Y caro! añadió el coronel riéndose.

— Sin embargo, continuó Loredano despues de un corto silencio, me hacen falta absolutamente esos cien mil francos esta noche, — ella los quiere.

— Se tendrán pues, repuso friamente Fritz. Déjame cebar al viejo zorro. Pero te prevengo que perderá la paciencia muy pronto. Ya hace un mes que tu hija ha regresado, y tú no has dicho una palabra.

— Hablaré, hablaré, murmuró M. de Puysaie con impaciencia.

— Sin duda hablarás, replicó Fritz, pero ¿cuándo?... Despues de todo, cometes una falta en vacilar tan largo tiempo. ¡Dios mío! bien sé yo que es una lástima dar una Puysaie á un Matifay y cruzar los cuarteles de tu escudo con la pluma y el escritorio de un banquero. ¡Pero es necesario! Por otra parte, tú no eres el solo. El casamiento desigual es muy tolerado en nuestro tiempo. Matifay pertenece á la nobleza industrial, la mas, la sola poderosa desde que reina un rey ciudadano. Ese querido baron es treinta veces millonario, y sobre todo uno de esos á quienes los diarios llaman un «carácter.» ¡Y qué diablo! despues de todo, tú

pagas en moneda de mico, á ese banquero. Haces de él un heredero de la cámara de los pares; ¡bueno! pero no creo que tengas gran deseo de morir antes que ese Poussah, mientras que con la popularidad que te dará esta alianza enteramente liberal, hará quizás de ti un ministro.

Durante toda esta tirada dicha intencionadamente con lentitud y en voz baja, pero clara y acentuada, de manera que cada palabra causase efecto, Loredano manifestaba visiblemente su impaciencia.

— Todo eso es muy bonito y muy bueno, respondió, y yo he pesado como tú todas las ventajas y desventajas de esta union. De mi hija, que es hoy la hija de un caballero arruinado mañana, hago una millonaria, ¡pardiez si! y algunos habrá por ahí que griten desde los tejados que soy el mas tierno y afectuoso de los padres, — pero mirala, amigo mio, mirala.

Permaneció algunos minutos sumergido en una profunda meditacion, haciendo chasquear sus dedos con un ademán de indiferencia:

— ¡Bah! ¡bah! dijo como conclusion, obtenga yo los cien mil francos; eso es lo mas importante.

Y sin esperar la respuesta del coronel Fritz, se lanzó hacia uno de sus conocidos que pasaba.

Hablando con la condesa de Puysaie y Cipriana que, repuesta enteramente de su timidez por aquella cordialidad y aquella gracia soberana, comenzaba á mostrar las adorables prendas de su alma y de su ingenio, la señora de Monte-Cristo no había apartado la vista un solo momento ni de Loredano ni del coronel Fritz. De tiempo en tiempo, una sonrisa llena de un indecible desprecio venia á plegar su labio. Hubiérase dicho que un sentido superior le permitia escuchar en sus menores detalles la conversacion del conde y de su amigo. Cuando Loredano y el coronel se separaron, ella encogió sus hombros desnudos y bellísimos, ligeramente, y no podemos decir si la mirada que dejó caer, al volverse, sobre la rubia cabeza risueña de Cipriana, era una mirada inefable de ternura ó de inefable piedad.

Mientras tanto los ojos ardientes de dos hombres, inmóviles como dos cariátides, colocados en dos extremidades del salón, parecían converger hacia Cipriana, como hacia un centro único. En ambos se leía la misma admiracion entusiasta, pero una de las miradas se parecia á la otra tanto como el deseo mas tímido, mas religioso en una palabra, puede parecerse á la concupiscencia mas desenfadada.

Al primero de estos hombres, le conocemos ya, es el vizconde de la Cruz. El otro, de quien es necesario decir algunas palabras, es el baron de Matifay.

Hace largo tiempo, sin embargo, que hemos visto esta figura vulgar sobre la cual los años han pasado sin poder dejar en ella huella alguna: conocemos aquellos cabellos rubios y pálidos á los cuales el envejecimiento está vedado; aquellos ojos pestañeantes protegidos en otro tiempo por anteojos de hierro y hoy por un lente con montura de oro. Solo que nuestro farsante ha medrado, su genio ha desplegado sus alas, y todo respira en él hoy la omnipotente seguridad del éxito. De su cara mucilaginosa ha hecho algo

que se asemeja á una cabeza. Sus largos cabellos, que le caen hasta las espaldas, le dan un vago aspecto de patriarca; sus gestos son mas suaves; su voz, en otro tiempo tartamuda, es clara; su postura digna del estatuario. Es que el baron de Matifay no es solamente el banquero mas rico de Paris, el inventor de quince ó veinte instituciones de crédito, el profundizador de siete ú ocho canales, la vasta inteligencia abierta á toda iniciativa útil á su país; el baron de Matifay, como lo decía hace poco el coronel Fritz, es todo eso junto, y mejor que todo eso: es un carácter.

No es, pues, solamente el millonario al que se saluda en él, ¡bah! es un Franklin con frac negro, un espíritu recto unido á un gran corazón. No es quien vacilaria en hablar claro la verdad á las potencias, con miramiento bien entendido. No es á él á quien se veria transigir nunca con su conciencia; toda su vida pasada lo prueba, vida de trabajo, vida de abnegacion, y tan pura, tan limpia, que ni aun morderle ha podido la calumnia.

Un sabio antiguo deseaba que cada hombre habitara una casa de vidrio. Este deseo, Matifay lo ha realizado en lo que le concierne. Ha hecho una cosa mejor; por un prodigio de habilidad, se ha hecho una vida de cristal.

Hay, sin embargo, instantes en que, por habituadas que estén las facciones del rostro á esta mentira perpetua que imponen los hábiles á su fisonomía, acaban por descubrirse. Estos momentos son los que escoge el observador; en esos momentos solamente le es dado verificar de un golpe todas sus inducciones precedentes. Hay muchas gentes de quienes se ha convenido decir «que tienen una buena figura» que no podrían soportar esta prueba. El alma aparece, y hagan que lo hagan, lo hediondo de su interior se presenta claro y visible á través de la máscara engañosa de la cara.

Matifay está ahora en uno de esos criticos momentos. Sus ojos brillan con un deseo inextinguible, desenfadado, bestial. Su labio lacio está contraído por una sonrisa glutinosa, repugnante como una obscenidad. Se sienten allí bullir todas las concupiscencias sometidas durante muchos años por respetos humanos. Este hombre ha sacrificado todo á la edificacion de un capital colosal, de una reputacion sin mancha ¿qué digo? austera. Pero hoy el animal habla, quiere ser satisfecho. Satisfecho tranquilamente, sosegadamente, legalmente. Pues la legalidad es la divisa del baron Matifay. La ha inscrito en el frontis de su obra colosal de paciencia é hipocresía. Sus millones, los ha robado legalmente; su reputacion de integridad, la ha robado defendiendo la legalidad. Su mujer, la violará por la legalidad, y todo el mundo le aplaudirá, y los oradores vendrán despues de su muerte á llorar sobre la tumba del gran ciudadano, del grande industrial, del buen esposo, del defensor austero de la justicia.

Pues los oradores, algunas veces tambien, por elocuentes que sean, se trabucan la lengua y pronuncian: justicia en lugar de: legalidad.

Los animales son en algunos puntos superiores al hombre; su instinto les advierte el peligro, cuando nuestra inteligencia no es suficiente á precavernos de él. El paro

agazapado en su nido siente la aproximación de la culebra aun antes de haberla visto, y no pudiendo escaparse de su fascinación, aletea dando pequeños gritos quejumbrosos. Las miradas de Matifay, ardientes como hierros candentes, repugnantes como un insulto, no hicieron ni aun estremecer la blanca espalda, el casto pecho que desnudaban. La sonrisa no dejó un solo instante esos labios cándidos que desfloraban. Entregada enteramente á las alegrías desconocidas que por primera vez le eran reveladas, Cipriana escuchaba, suspendida de su voz, los dulces coloquios de la señora de Monte-Cristo. Con la mano en la mano de su madre, se sentía completamente, profundamente feliz, tan feliz, que se ponía mas bella aun, de lo que el vizconde de la Cruz se sorprendía diciendo :

— Señor, ¿es posible ser tan bella sin habitar un paraíso?

De repente, Matifay se estremeció como sobresaltado, una mano se había colocado sobre sus hombros.

— ¡Hein! señor baron, le murmuraba al oído la voz zumbona del coronel Fritz, ¿no es verdad que es bellísima vuestra desposada?

— ¡Mi desposada! ¡mi desposada! gruñó el baron.

— Vuestra desposada desde mañana, replicó friamente el coronel, y vuestra esposa dentro de quince días. Pero venid, estamos mal aquí para hablar, y es menester no obstante que os hable.

El banquero hizo una señal de condescendencia, y entrambos se dirigieron á través de los grupos hacia un pequeño salon en forma de rotunda, aislado entre los salones de juego y los salones de baile, una especie de enrejada abierta por todas partes, por donde todo el mundo pasaba, pero donde por consiguiente nadie se detenía.

En este momento la señora de Monte-Cristo hizo una señal con su abanico casi imperceptible y lanzó al vizconde de la Cruz una mirada que comprendió sin duda, pues se adelantó en seguida con presteza hacia las tres señoras. La señora de Monte-Cristo le presentó, despues de lo cual el vizconde solicitó una cuadrilla que, con una sonrisa aprobadora de la señora de Puysaie, fué en seguida otorgada.

Pero la señora de Monte-Cristo no lo entendía así. — ¡No! ¡no! dijo riéndose, yo soy un poco también esta noche la tutora de nuestra bella Cipriana, y todavía no he acabado su educación, á pesar de tener tanto talento como un ángel; será solamente para la tercera.

El vizconde de la Cruz se inclinó.

— Para la tercera, sea, murmuró. Él y la señora de Monte-Cristo habían cambiado durante este corto diálogo una rápida mirada que sin duda les había bastado para comprenderse, pues con un gesto de asentimiento, el vizconde se dirigió en seguida hacia los salones de juego, y, desde este momento, la señora de Monte-Cristo, algo inquieta y distraída antes, se puso mas atenta y mas amable que nunca.

III

EL CUADERNO AZUL.

Tú te acuerdas sin duda, querida mía, de la hermana Santa Gertrudis, que dirigía la clase de francés en el convento. Cuando no habíamos terminado nuestro deber, era un negocio tremendo. Lo buscábamos en los cartones, en los cuadernos, por do quiera donde sabíamos perfectamente que no lo encontraríamos. Entonces ella, con su voz indulgente :

— Confesemos nuestro *meâ culpâ*, señorita, confesemos nuestro *meâ culpâ*.

Al fin, lo hacíamos así, y la buena hermana nos perdonaba.

Yo he confesado mi *meâ culpâ*, Ursula, y estoy segura de que tú también me perdonarás.

Es verdad que estoy hace ocho días en París, desde hace ocho días el pequeño cuaderno que tú me diste está sobre la mesa, una mesa lindísima embutida de concha; desde hace ocho días, cada mañana hago propósito de borrar una página á tu intención, y la página queda siempre en blanco.

Pero hoy he tomado una gran resolución. Mi padre está en el casino, mamá haciendo visitas, y me aprovecho de esta circunstancia para conversar largamente contigo.

¡Contigo! ¡ay de mí! ¿dónde estás, mi querida Blanquita? No lo sé. Pero una tierna superstición me hace creer que estas líneas te son reveladas en este instante mismo en que las escribo. Separadas, estamos siempre juntas, y mi alma está tan ligada á la tuya, que no puede suederme nada, dolor ó alegría, sin que tú sientas inmediatamente las mismas sensaciones.

Empecemos desde luego por el primer día.

Cuando me encontré en el interior del carruaje, enteramente sola con mi padre, y que asomándome á la ventanilla del coche, no pude ver tu querido rostro, me sentí muy triste y muy contrariada. M. de Puysaie, á quien no llamaba todavía sino «señor», se mostró conmigo con una amabilidad muy cumplida. Pero esta misma amabilidad *tan cumplida* era precisamente lo que me molestaba; hubiérase dicho que era para él una persona extraña, de su clase, es verdad, pero no obstante una persona extraña. Tenía conmigo toda clase de precauciones exquisitas: ¿no tenía yo demasiado calor? ¿no demasiado frío?

¿Deseaba yo comer aquí ó allá? Aunque hubiese sido el caballero sirviente de una princesa viajante, no se habría mostrado mas minucioso en guardar la etiqueta que los hombres de su educación observan siempre con una señora. Te confieso que hubiese preferido cien veces un buen beso en la frente, pero yo no me atrevía á saltarle al cuello y gritarle con todas mis fuerzas: ¡Papá, no soy señorita, sino Cipriana sencillamente! A todas sus preguntas yo respondía

gravemente: Como queráis, señor, ó: Como os agrade. Ha debido evidentemente tomarme por una tonta: ¡tanto peor para él!

En fin, fatigada de verme así á solas con él, acabé por hacer como que me quedaba dormida; yo creo que él se apercibió de esta pequeña pantomima y que me lo agradeció, — yo me enojé. Se puso á su gusto y se extendió en su rincón á sus anchas, yo le miraba por lo bajo, y me figuró que él me miraba lo mismo. ¿Sabes que es encantador mi padre, cuando quiere serlo? Solamente que á los lados de la boca tiene unas arrugas que no me placen. Tampoco me agrada su tono burlesco; tiene la traza de reírse él mismo de lo que dice, y antes que yo estuviera acostumbrada, eso me molestaba mucho, porque creía que era de mí de quien se burlaba.

En el camino tardamos dos días, viajábamos á pequeñas jornadas para no fatigarme. Cuando entramos en París, tuve un gran latido de corazón. — ¡Es este pues París! exclamé, y me incliné al ventanillo, pero no veía mas que largas calles estrechas, fangosas, llenas de gente. Mi padre, esta vez, no pudo contenerse; dió una gran carcajada.

— No os inclineis así, Cipriana, van á creer que sois una provinciana.

— Pero, señor, ¿acáso no lo soy en efecto?

Se puso súbitamente muy serio, una nube veló su cara inteligente, y me apercibí que había dicho una tontería.

— Será menester olvidar vuestro convento... Si, vuestra juventud ha sido quizás algo solitaria, — algo abandonada... ¿No es eso lo que habeis querido hacerme comprender?

— ¡Oh! no ciertamente, señor. Era muy feliz en el convento, pero estoy segura de que lo seré todavía mas cerca de vosotros...

Esta vez le salté al cuello y se dejó hacer sin demasiado mal humor.

— ¡Bien, bien! murmuró apartándose suavemente. Sois una encantadora provinciana, y estoy seguro que la parisiense nos hará honor.

Entretanto el carruaje caminaba siempre.

— Ya estamos en la calle de Varenne, dijo mi padre. — Sacó su reloj. — Son las diez, vuestra madre debe esperarnos en el palacio.

Esta palabra: «Vuestra madre», me removió el corazón, toda mi sangre circuló con violencia. Era la primera vez que mi padre la pronunciaba delante de mí. Pero antes que yo hubiese podido reponerme de mi turbación, una pesada puerta cochera se abrió, el coche entró en un vasto patio enlosado, y se detuvo delante del pabellon con cristales de unas gradas, y un lacayo con gran librea se adelantó á abrir la portezuela del coche.

— ¿Está en su cuarto la señora? preguntó M. de Puysaie; y sin esperar la respuesta, entró en el vestíbulo gritándome: — ¡Venid, Cipriana, venid pronto!

Yo me sentí el corazón muy oprimido al ver que mi madre no venía á mi encuentro. Me parecía que hubiera debido salir á recibirme. ¡Oh! ¡qué prisa tenía de arrojarme á sus brazos, de verla y abrazarla! Ella no experimentaba la misma impaciencia, sin duda. ¡Ay de mí! ¡jamás me había de-

seado, jamás amado! Esta idea me dió un escalofrío, y pálida, vacilante, temblorosa, subía detrás de mi padre las gradas de una estrecha escalera claveteada. Despues giró en sus goznes silenciosamente una puertecilla, y percibí una señora, en pié, de codos en el apoyo de una chimenea de mármol blanco.

— Señora, dijo mi padre, aquí teneis á vuestra hija Cipriana.

Entonces solamente levantó la cabeza, y volvió hacia mi su dulce, su pálido rostro. ¡Oh! mi querida Ursula, ¡qué alegría! Lloraba, me tendía sus brazos, y yo me arrojé á ellos sollozando.

Mi padre iba y venía á través del pequeño salon con aire agitado.

— Está bien, dijo con tono seco, casi duro; tendreis todo el tiempo de abrazaros otra vez; por el momento, lo mas apremiante es hacer comer á esta niña, desnudarla y acostarla; debe estar muerta de cansancio.

Yo iba á protestar, pero una mirada de mi madre, una mirada suplicante me contuvo.

— Como queráis, Loredano. El cuarto de Cipriana está en orden, y si deseais conducirla vos mismo...

Mi padre hizo un ademán como avergonzado de su mal humor, y contestó:

— No, Hortensia, vos desempeñareis todos esos cuidados mejor que yo lo haría. Vos conocéis nuestras intenciones sobre Cipriana, preparadla á hacer su deber como buena hija. No es necia ni poco ni mucho, os lo aseguro, y cuando esté vestida de otro modo, se hará muy presentable.

Hablando así, había apoyado un dedo sobre un timbre.

Un lacayo entró.

— ¿Mis cartas? preguntó M. de Puysaie.

Cuando el lacayo las trajo en una salvilla de plata, mi padre examinó los sobres dando un vistazo rápido, y escogiendo una de ellas cuyo sello rompió, añadió con alegría:

— Mirad, precisamente una carta del coronel. Parece que ese querido Matifay se impacienta. Es probable que comeré en el casino; así tendreis tiempo para daros muchos abrazos.

Y añadió besándome en la frente:

— Hasta la vista, señorita parisiense.

Cuando quedamos solas, mi madre y yo, volví á comenzar á llorar como una tonta: eso me aliviaba. Ella me hizo sentar á su lado, y cogiendo mis manos en las suyas, no pudiendo cansarse de mirarme y abrazarme, ella también lloraba. ¡Cómo me arrepentía yo de haber dudado! ¡ella! ¡no amarme!... ¡Oh! ¡Ursula, si supieses!... ¡jamás sabrás tú, pobre querida amiga!... ¡tú eres huérfana, tú tienes la desgracia de ser huérfana! — Yo también lo he sido; pero solamente es hoy, solamente á esta hora es cuando conozco la grandeza de semejante infortunio. Una madre, Ursula, es una otra si misma, es un corazón que late á la par, ojos que lloran cuando los vuestros se humedecen, un labio que sonríe tan pronto como os sonreís, y con eso una dulzura, una indulgencia sincera y protectora, una confianza que os llena el alma. Mira, un poco de lo que sentimos por la Santa